

DESTINO 77

INTRODUCCIÓN: EMPRENDER VIAJE

Iba caminando a la deriva, sintiendo la áspera arena en los pies, y una brisa que despeinaba mi rodete mal hecho. Cerré los ojos, mientras escuchaba el sonido de las olas, acompañadas por un silencio que me encantaba. Solo unos pocos minutos fueron suficientes para calmarme por completo. Cuando me quise dar cuenta, en un acto inconsciente me abracé, de repente el aire cálido cambió por un viento fuerte. Y fue en ese momento cuando supe que había vuelto a casa, a mi pueblo del sur cordobés.

Abrí la puerta de mi habitación, y busqué inmediatamente la libreta en la que plasmaba todos mis viajes con unas palabras que, bajo mi punto de vista, definían a cada lugar en el mismo día que los había visitado. Agarré una lapicera y escribí "Destino 76: Pipa, Brasil. Paz, armonía, complacencia". Así como esta había muchas más, como por ejemplo "Destino 35: Ghana, África. Sobrevivencia, fortaleza, ilusión". Sin lugar a dudas, uno de los lugares a los que me hubiese gustado volver, otra realidad totalmente diferente en la que el ayudar al otro y el subsistir es una prioridad, pero no una razón para perder la esperanza, ni para dejar de soñar mientras comunicas tus emociones y sentimientos a través de las manos y los pies, bailando la conocida danza africana, el "Adowa".

Ese pequeño cuaderno era mi más profundo tesoro, era lo escrito a tantos recuerdos y vivencias. Sin embargo, sentía que le faltaba algo, que desde mi primer destino, tenía en mente. Sí, era un viaje, pero no cualquiera de los que había hecho; porque aunque me había informado muchísimo, este era desconocido en todos sus sentidos. Lo más llamativo es que era a la Antártida, el continente más austral y menos habitado del planeta, formado por una meseta de hielo con temperaturas que pueden alcanzar los 79° bajo cero, y que espreciado por los humanos por tener algo tan importante, como lo es el 90% del agua dulce de la Tierra. Lo que siempre me llamó más la atención de todas sus características, era su fauna marina rica y diversificada, las habilidades que tienen para adaptarse a tales condiciones de la región, y su biodiversidad que es única, tanto es así que existen más de 10.000 especies, sin contar todas que se desconocen.

Pero eso no era lo extraño, a ninguno de los lugares que fui los conocía previamente, solo eran fotos e información que sacaba por Internet. Una vez que los conocía, mi mente se encargaba de receptar cada pequeña cosa para guardarla en mi memoria, sabiendo que no podía volver nunca más en mi vida. Lo que era completamente nuevo, era la forma en la que iba a viajar a la Antártida,

ya no era chequeando los dedos, o en un abrir y cerrar de ojos o con la imaginación en mi cabeza. Iba a emprender un viaje, como todos lo hicieron alguna vez, menos yo.

Mi nombre es Ania, tengo 21 años, y poseo la capacidad de teletransportarme al lugar que desee, sin poder regresar en otra ocasión. Con excepción de uno en específico, el que más incertidumbre me generaba, con el que viví mi primer viaje tradicional, con el que me introduje en la inexperiencia absoluta, con mi Destino 77, la famosa Antártida.

DÍA 1: LA PARTIDA

Córdoba, Argentina, 3.989 km para el destino. 20 de noviembre de 2021

Un beso, un abrazo, uno más y otro más. Estaba en el aeropuerto de mi provincia, despidiéndome de mi familia por séptima vez en el día. Ellos estaban igual que yo, su miedo se podía notar a leguas, ya que era el primer viaje que iba a transitar con normalidad, y nada más y nada menos que al Continente Antártico. Estuve más de cuatro meses planificando todo, rebalsaba de ansiedad, sentía la necesidad de estar ahí, en ese instante.

Claramente no iba a ir sola, éramos un grupo de personas, la mayoría contratados para la parte fotográfica, otros para la de producción audiovisual, otros como guías, y en menor cantidad, algunos turistas, como yo.

Escuché que anunciaban la última llamada de mi vuelo, me dirigía a Ushuaia, Tierra del Fuego. El lugar que concentra el 90% del turismo antártico mundial, ya que es el que más cerca queda de la Península Antártica, a unos 1000 km aproximadamente. Allí me iba a reunir con todo el equipo, y nos comenzaríamos a preparar para embarcar rumbo a nuestro destino.

Un solo movimiento del avión y mis manos fueron hacia abajo del asiento agarrándome con fuerza, las azafatas dieron sus indicaciones y precauciones, nunca había escuchado algo con tanta atención, necesitaba esa información porque sentía que en cualquier momento algo iba a pasar, que nos iban a bombardear, que el piloto se confundiría de camino y terminaríamos perdidos en la nada, que el transporte estaba a punto de caerse o de quedarse sin combustible. En fin, nada me parecía loco en mi vida, a fin de cuentas soy una joven que aparenta ser común y corriente; cuando en realidad tengo un superpoder, eso sí que está fuera de los parámetros normales.

Decidí mentalizarme e intentar calmarme, primer viaje en avión, seguro que todos los que lo vivieron tuvieron esta crisis, pero nada malo iba a pasar, eso lo sabía muy bien.

“Atención pasajeros, faltan dos horas para llegar a destino” .Ya no sabía cómo aguantar. ¿Qué se suponía que hacían las personas en viajes tan largos? Es un misterio. En este momento, mi personalidad impaciente y exagerada, no ayudaba en lo absoluto y ni me quería imaginar lo que iba a ser en el crucero, donde me esperaban cuatro días únicamente de viaje.

Tierra firme, ¡al fin! Sentí cómo me volvía el alma al cuerpo, y podía volver a respirar. Ni bien llegué, fui al hotel donde nos citaban para conocernos entre todos y explicarnos las bases del viaje,

los lugares a conocer, alojamiento, comodidades, etc. También nos comentaron que íbamos en un barco llamado el 'Ushuaia', que fue usado para la exploración ártica y ahora lo usan para llevar turistas. Se utilizan buques rompehielos que están adaptados a la navegación por mar congelado. Estos buques están equipados con radares que dan información sobre el campo de hielo a navegar.

Eran ya las 22:00 hs, había ido a comer junto a algunos de mis compañeros a un restaurante en el centro de la ciudad, "María Lola", quedé fanatizada, no solo por sus platos sino también por sus ventanales con vistas sorprendentes al Canal de Beagle. Después de eso, el cansancio del viaje comenzó a notarse, caí rendida a la cama y procedí a revisar mi celular, para contestarle a mi familia y a mis amigos, ya que por muchos días iba a estar totalmente desconectada de las redes.

Cuando estaba por conciliar el sueño, escuché leves ronquidos a mi lado derecho, me giré para confirmar que era Ine, mi compañera de habitación, una joven muy amable de Catamarca aficionada a las fotografías, estaba profundamente dormida. Queriendo imitarla, apagué mi teléfono, llevé los acolchados hasta mi cabeza y cerré los ojos decidida a dormir, mañana me esperaba un día muy largo.

DÍA 2 Y 3: NAVEGANDO

Pasaje de Drake, 680 km para destino. 21 y 22 de noviembre de 2021

Mirar el horizonte. Ya perdí la cuenta de la cantidad de minutos que me quedé mirando a un punto fijo para que no vuelvan las náuseas y el mareo. Eran las 5:00 AM, cruzábamos el famoso Pasaje de Drake, un tramo marítimo de 808 kilómetros que separa Sudamérica de la Antártida, donde se unen los océanos Atlántico y Pacífico. Un viento de 65 kilómetros por hora desfleca olas de hasta cinco metros de altura y el buque oscila de un lado al otro sin tregua. El equipaje choca contra las paredes y sólo algunos consiguen dormir.

El barco se movía tanto que sentía como mi estómago luchaba por no despedir nada más, sinceramente dudaba de que quede algo en él después de las horas que pasé encerrada en el baño de la habitación.

El tiempo pasaba y yo probé todas las soluciones posibles que recomendaban el capitán y el resto de la tripulación: intentar distraerme con cualquier cosa que me rodee, caminar, respirar hondo, quedarme inmóvil, hasta acostarme que era lo que a la mayoría le funcionaba, menos a mí. Era insoportable, lágrimas que caían por mis mejillas, llantos incesables, gritos que decían mucho más de lo que se podía explicar y un sinfín de emociones que me atormentaban. Inquietud, tristeza, arrepentimiento, indignación, rabia. En un acto desesperado mis manos empiezan a moverse con rapidez, símbolo de nerviosismo, abro y cierro los ojos, chequeo mis dedos incontables veces, intento concentrarme en un lugar en particular, tenía que funcionar, siempre funcionaba. Cada vez que quería escapar de algún momento feo de mi vida, lo hacía. Como cuando a mis once años de edad, mis compañeros de clase inventaron canciones con mi nombre a modo de burla, o cuando me caí al frente del chico que me gustaba; o el día que falleció mi abuelo, mi gran apoyo incondicional, o aquel día en que se perdió mi perro al cual tanto quería, las noches de ansiedad y de insomnio, incluso los días en que perdí a personas muy importantes. Siempre. Nunca lo enfrenté, nunca hablé del tema, simplemente iba a lo que no requería ninguna dificultad, escapar. Y así, como el planeta Tierra no se podía desprender de su contaminación, yo no me podía ir de este infierno.

Esta vez, mi cuerpo no viajó, seguía en el turbulento crucero rumbo a la Antártida, lo que viajó fue mi mente. Volví a mi casa, tomando mates con mis hermanos y hablando de charlas retóricas. Volví a mi niñez, donde era una niña feliz cuya preocupación más grave era que se me rompa un juguete. Volví a mi pueblo, a los besos de mi madre de esos que me quejaba constantemente, a los chistes

de mí padre en los que solo él se reía pero el simple hecho de verlo con una sonrisa en su cara me contagiaba felicidad, volví a los encuentros con mis amigas dónde se llevaba la locura como estandarte, volví a las tantas cenas familiares en las que hacíamos una especie de show bailando junto a mis primitas, volví a la escuela, volví a mí adolescencia, volví al sentimiento de algo tan necesario como lo es el extrañar.

Abrí los ojos y la verdad se sintió como un balde de agua fría encima, de repente me olvidé en dónde estaba y de que minutos atrás no me podía mantener ni parada por estar navegando en altamar. Comencé a cuestionarme muchas cosas, a confundirme, a reflexionar sobre mis decisiones pero sobre todo a preguntarme cual era realmente la verdadera razón del viaje. ¿Solamente era por conocer la Antártida? ¿Por relacionarme con personas nuevas? ¿Por ver infinidad de animales? ¿Por emprender un viaje por primera vez? Pero no, era por mí y por lo que quería hacer de mí vida. No quería quedarme encasillada en mí zona de confort, ni seguir con ese pensamiento, de que las cosas eran blancas o negras, y que en el mínimo tono de gris que se formase ya iba corriendo hacia otro blanco u otro negro como si fuera mí refugio cuando en realidad era mí propia autodestrucción.

DÍA 4: CONOCIENDO

290 km para el destino. 23 de noviembre de 2021

Estábamos todos juntos en un sector del barco, había gente que iba a hacer un viaje muy introspectivo, con la intención casi de explorar otro planeta. No había un ambiente festivo permanente, había un ambiente relajado, de introspección y expectativa. Me llamó la atención que viajaba mucha gente sola, o gente que siempre estaba buscando un rincón solitario en el barco. Creo que cada uno iba buscando algo muy personal, muy místico.

Sin embargo, uno de los guías nos llamó para que nos ubiquemos a su alrededor. Durante los días de navegación, nos habían hecho alguna que otra charla como para matar el tiempo. Actividad turista, la arquitectura y hábitat, el ecosistema y su biodiversidad. Hoy por lo visto tocaba el cambio climático. Pensé que conocía bastante del tema, pero en cuanto el guía se puso a explicar, me di cuenta que no era así. El cambio climático, la variación del clima atribuido directa o indirectamente por la actividad humana, provocando la alteración de la atmósfera. En la actualidad, es impresionante lo veloz que está aumentando la temperatura mundial en tan poco tiempo, producto de las emisiones de gases de efecto invernadero por parte del ser humano.

“¿Cuáles son las razones por las que hoy estamos hablando del tema, mucho más que hace 20 o 30 años?” Preguntó Marcos, un turista porteño que había ido con su hermano, Pablo.

“Porque tenemos la evidencia científica de que el cambio climático observado, es atribuible a acciones humanas. Me refiero al uso intensivo de combustibles fósiles y a los procesos de cambio en el uso del suelo. Por eso la deforestación y la urbanización son sus causas.” Respondió Santiago, el guía asignado para el tema.

“¿Por qué es tan importante que la temperatura global se altere un grado o dos? ¿Qué consecuencia tiene ese cambio?” Esta vez habló Lina, ella era de Corrientes y estaba encargada a los videos del viaje.

“Primero hay que pensar que el calentamiento no se distribuye de forma homogénea en toda la tierra, no es que todos los lugares del mundo se calentaron un grado, sino que en algunos sectores la temperatura aumentó bastante por encima de un grado, y en otros aumentó, pero no tanto. A lo largo de un día, un cambio no representa nada, pero si lo pensamos en términos de promedio para la Tierra, es muchísimo.” Rebatí nuevamente Santiago.

¿Cuáles son sus consecuencias? Cuestionó Ine a mi lado, en este tiempo nos habíamos hecho muy unidas, hasta la podría considerar una amiga que me llevo del viaje.

“Eventos climáticos más frecuentes, como las inundaciones, lluvias y tormentas fuertes, sequías y olas de calor; aumento del nivel del mar, derretimientos de los polos, acidificación de los océanos, pérdida de biodiversidad, entre muchos otros.” Replica el guía, convencido de lo que decía e interesado por la charla que se había formado.

“Si la Antártida es el lugar menos habitado del planeta ¿Está exenta a estos cambios?” La curiosidad me pudo, y esta vez fui yo la que alzó la voz.

“Totalmente al contrario, en el caso de la Península Antártica, es la región del mundo que le sigue al Ártico con los mayores aumentos de temperatura en los últimos 50 años. Esto tiene un gran impacto sobre los mares y glaciares de la región, como así también, sobre la fauna, la cual comienza a vislumbrar cambios que se estudian en todo el mundo.” Me respondió el líder de la conversación.

Lo dicho se encargó de descartar mi otra pregunta que estaba a punto de hacer. ¿Había lugar para las esperanzas? Conocí muchos lugares a lo largo de mi vida, y cada uno de ellos sufría de algún período de contaminación. Ya sea del aire, del suelo, del agua, inundaciones, sequías, deforestaciones, desertificación, incendios. Ningún lugar del mundo se salvaba de dicha situación, ni mi pequeño pueblo de 10.000 habitantes, en el que uno de los mayores problemas era el mal uso y exceso de agroquímicos en la zona, hecho por el cual se produjo el aumento de enfermedades como el cáncer por ejemplo, que en el peor caso puede causar hasta la muerte. Estábamos en un pozo sin fin, lo más triste era que cada uno, aunque sea en algún momento de su vida, agarró una pala y cavó por lo menos un poquito para que ahora estemos así, perdidos y desinformados, atrapados ante tal catástrofe.

El debate finalizó con una frase de un viejito, que no había hablado hasta el momento, recordaba su presentación. Se llamaba Martín, había ido con su hija de unos treinta y cuatro años, llamada Sol. Con el simple hecho de verlos te dabas cuenta de cuanto se querían y de la ilusión en su mirada.

“Nuestro futuro depende en gran medida de lo que hagamos nosotros como humanidad, está en nosotros”. Y esa corta oración de incentivación, inconscientemente había respondido a mi pregunta.

DÍA 5: ¡LLEGAMOS!

Península Antártica, 0 km para el destino. 24 de noviembre de 2021.

Era una locura. Llegamos hace unas dos horas, dejamos nuestro equipaje en las bases asignadas y salimos a caminar para recorrer. Hacía un frío impresionante, ni la infinidad de vestimenta lo podía calmar, pero sinceramente nada me importaba en este momento. No podía creer lo que estaba viendo.

Al empezar a investigar, se podía comprobar todo lo que el guía nos había explicado en una de las primeras charlas mientras navegábamos, que vimos icebergs con una cantidad de pingüinos y petreles. En las áreas costeras, se concentraba el mayor número de poblaciones de aves y mamíferos durante los meses de mayor temperatura, época que coincide con el desarrollo de las temporadas reproductivas de estas especies. También, en los sectores libres de hielo se podían encontrar una gran variedad de musgos, líquenes y hongos formando parte de la biodiversidad terrestre. En esta época también se descongelan arroyos, lagos y otros cuerpos de agua dulce, albergando numerosas especies de algas, protozoos y crustáceos.

Cuando observamos las distintas especies, recordé la clasificación que habíamos hablado ese mismo día. Algunas especies habitan la capa de agua superficial, por ejemplo, el plancton cuya capacidad de desplazamiento no resulta suficiente para oponerse a las corrientes marinas, por lo que terminan siendo transportados por los movimientos del agua. Por otro lado, el necton que es la fauna marina de mayor tamaño como los peces, pingüinos y mamíferos que poseen la capacidad de nadar y así oponerse al movimiento de las corrientes, es decir la comunidad de organismos nadadores. Otros que se podrían encontrar, eran los organismos que viven asociados al fondo marino que pertenecen a lo que se conoce como bentos.

Mis favoritos sin dudas eran los pingüinos, había dieciocho especies en total, pero estaba segura que cualquiera de ellas tenía la capacidad de mantenerme atenta a cada uno de sus movimientos, no solo porque sus actitudes me hacen reír muchísimo sino por lo increíbles que son, parecen torpedos que pueden avanzar a velocidades de hasta 36 kilómetros por hora. De hecho, cuando nadan parece que están volando. Todos tienen un camuflaje natural contra los depredadores. La parte de adelante, que es blanca, los protege de los carnívoros que acechan desde abajo: su lomo negro los hace menos visibles para los depredadores acuáticos que acechan desde arriba. Otra curiosidad algo tierna, es que cuando un pingüino macho se enamora de un pingüino hembra, busca la piedra perfecta en toda la playa para regalársela. Cuando finalmente la encuentra, él se

inclina y coloca la piedra justo frente a ella. Si ella toma la piedra, significa que acepta la propuesta. Se caracterizan por ser fieles a su pareja, llegando a tal punto que la muerte de alguno, hace que su pareja se quede a su lado, deje de comer, y termina falleciendo de inanición. Hay algo característico de esta especie, y es que tanto machos como hembras se encargan del cuidado de las crías por igual.

Durante varios días, las actividades turísticas que se llevaron a cabo en el continente antártico fueron variadas, e incluyeron caminatas, para avistaje de fauna u otros valores ambientales o históricos, viajes en botes de pequeño porte, visitas a estaciones científicas, paseos en kayaks, campamentos, escaladas, buceo, snorkel y hasta surf de remo.

Mi estadía se basó en conocer, ver a mi alrededor y entrar en un trance de shock por una milésima de segundo, e intentar recordar cada información compartida, cada visita y cada imagen en mi memoria, pidiéndole a gritos a mí misma que cuando sea mayor no se me haya escapado nada, así poder contarles a mis hijos o a mis nietos historias sobre el viaje, sobre el apareamiento de pingüinos, sobre lo enormes y la cantidad de kilómetros que nadan las ballenas jorobadas en el verano, sobre que en esta época hay en total veinte horas de luz ¿Se imaginan lo que harían los niños con tantas horas de día? No pararían ni un segundo. O sobre la inteligencia de las focas leopardo que parecen descansar sobre trozos de hielo, cuando en realidad están en la espera de una presa, sobre que los lobos marinos antárticos de dos pelos, no dejan de relajarse ni porque se estén muriendo de hambre, poder describir con palabras las imágenes y videos que capturaban mis compañeros a lo largo del viaje, o como el viejito Martín bailaba en el centro de la ronda cuando se armó un festín de despedida en unas de las bases. Y cuando hayan crecido un poco más, contarles de mi experiencia con el reto que conllevaba esta travesía, mis aprendizajes, mis dudas, mis miedos, la confianza y la fuerza que gané, y con las que también me voy.

La experiencia es tan potente que te da igual todo lo demás. Estás todo el tiempo mirando el paisaje, no puedes dejar de mirar. Es el momento en dónde te das cuenta que nada fue en vano, que a fin de cuentas disfrutar fue el único objetivo, y que lo lograste. Es la inmensidad y la soledad en un solo lugar. Es el viaje de mi vida y al único que puedo volver otra vez, es mi destino 77.

CANDEI.

